EMILIO PRADOS, NIÑO DE MALAGA

DESDE el número 6 de la antigua Alameda Carlos Haes (hoy calle Córdoba) a la calle Granada, el camino era corto. No había más que tomar la calle Nueva, atravesar la plaza de la Constitución y entrar por la vía de enfrente: calle Granada. Esta es una calle larga, variada, y parece caprichosa hasta que por entre algunas casas malagueñas de los siglos XVI a XVIII—tiestos de hoy en rejas y balcones—, se decide por fin a desembocar alegremente en la abierta plaza de la Merced. No era tan largo el camino que el niño recorría cada mañana. Porque el colegio de don Ventura estaba muy al principio de la calle Granada, donde precisamente hace su primer recodo, cuando aún tiene un aire comercial y exterior, del que pronto se desprende para juntar sus paredes y apretar el viento fino que ha de tocar sus piedras nobles, sus nobles hierros, sus flores, su perfume.

El colegio de don Ventura estaba al fin de la bulliciosa primera parte. Don Ventura—don Ventura Barranco Bosch: tupé levantado, cejas amenazadoras, bigotes a lo Kaiser..., ojos desmentidores de tanta fiereza y mejillas plácidamente redondas bajo los ojos—; don Ventura esperaba a los niños, de pie, desde unos minutos antes de las nueve, ya con el puntero en la mano, bajo el gran hule estampado de su España de colorines.

Yo llegaba cada mañana y me sentaba a mi pupitre, entre los otros niños. ¡Los otros niños! ¿Dónde estarán aquellos otros niños, quiénes serán hoy aquellos otros niños? Sólo recuerdo un nombre, prendido al azar en mi oído todavía. Y aparte, un niño, que sé dónde está, quién fué, quién es: Emilio Prados.

En 1926, yo empezaba a dar mis versos en algunas revistas. El director de *Litoral,* la revista juvenil malagueña de poesía, me escribía una carta ofreciéndome su publicación fraternalmente. Me llamaba de usted; no nos conocíamos; y firmaba: «Emilio Prados». Nada. Yo, ausente de Málaga desde mis once años, no recordaba nada. Pero cuando en carta dije: «Ahí viví mi niñez», el «director» resucitó mi infancia toda escribiendo: «¿Eres quizá tú aquel niño rubio, con «babero» de «mallorquín» a rayas blancas y azules, que en el colegio de don Ventura...?» Yo era el de las rayas blancas y azules (¡qué colores marinos!), que con una masa de recuerdos rompía como una ola súbita sobre mi pecho. De aquella ola se alzó un rostro, el de un niño que emergía sonriente entre la espuma: Emilio.

No era muy alto. Tenía unos ojos reidores, flechadores del bien, y un pelo negrísimo. Yo iba a recogerle a su casa algunas mañanas, de paso para el colegio. Al salir por la tarde, cruzábamos la plaza de la Constitución (hasta muy poco hace, estaban allí los letreros mágicos: «Escamilla: Zapatero», «Cotilla: Dentista») y penetrábamos en la calle Larios. Allí tenía el padre de Emilio aquel gran almacén de muebles ornato de la ciudad, cuyos escaparates profundos me trajeron las primeras imágenes de lo misterioso. ¡Aquellos comedores deshabitados, aquellas suntuosas alcobas vacías, con su lámpara encendida sobre una mesa, para algún hada!

Sí, un niño alegre era lo que yo recogía cada mañana. Un niño a veces tan alegre y bullicioso que parecía todo él una canción. Una canción fresquísima que sonase con espuma inmediata y estuviese al mismo tiempo absolviendo a los oídos ingratos que le escuchaban. Los otros niños eran el oleaje que arrasa sin piedad y sin malicia. Pero él flotaba cariñosamente, muy mezclado con todos, muy sometido, para romper en la orilla y levantarse gozosamente, para echarse de nuevo al agua, que a veces le despedía haciéndole rodar por las pedrezuelas lastimadoras. Pero él estaría siempre dispuesto a jugar a lo que los demás quisieran. Protegía a los más pequeños (¡él, que tenía diez años!) y su propia presencia parecía disculparle de sí mismo entre los mayores. He dicho canción fresca, pero le veo también mudo, como si él fuese su propia voz extinguida, aterido (¿qué es lo que le había rozado?) en medio de los

gritadores. Tenía inmensamente vivo el sentido de la justicia, y más todavía: allí, en su figura infantil, en aquellos ojos humildes y con luz, vi yo por primera vez la vislumbre instantánea del rayo dulce y largo de la misericordia.

Pero era pícaro para la broma, y burlón, y a veces desaparecía escapando entre un rumor de ramas frescas y unos brillos de frutos inocentes.

Todo esto lo evocaba yo, al recibir su carta, veinte años después... Cuando fuí a mi ciudad, exactamente en 1929, yo iba a encajar aquel rostro de niño, levantado de la onda antigua y estrelladora, en el nuevo Emilio Prados, mi compañero en la poesía, mi viejo amigo de la niñez, en las costas de nuestra Málaga.

Recuerdo cómo rápidamente se superpusieron las dos figuras y cómo el niño puso su rostro en el rostro del hombre; mejor dicho, cómo, al bajarme del tren, en el rostro del hombre que se adelantaba se asomó haciéndome gestos, riendo, gritando, casi burlándose, el rostro puro del niño que reconocí plenamente. Casi me pareció escuchar, con naturalidad, con sueño, con verdad creída: «No, no; esta mañana te has retrasado en venir a recogerme.»



VICENTE ALEIXANDRE